

LUCHANDO CONTRA LA ADVERSIDAD



Nací en un pueblo del norte de Nicaragua, mis padres tenían pocos ingresos económicos y eso hacía que tuviésemos una vida muy difícil, agregando que mi madre optó por tener una familia grande: ocho hijos, los cuatro primeros de su primer matrimonio y los menores del segundo, esto provocaba que la vida la viésemos más dura que otras familias de la época. Desde muy niña aprendí a vivir en medio de calamidades, a sentir lo duro que es aguantar hambre, a jugar con la pobreza al lado de mis hermanos y hermanas y mi madre, que era y sigue siendo una mujer ejemplar, se dedicaba a la venta de verduras en el mercado y abnegada a las labores domésticas, comprensiva como madre e íntegra como esposa. Yo era hija del primer matrimonio. Desafortunadamente mi padre murió a pocos años de vida. Luego mi madre se casó con otro hombre y de él no puedo decir lo mismo: era el típico hombre machista que preña una y otra vez a su mujer, y a cualquiera que se le presente, sin importarle el futuro que los hijos y su esposa puedan tener. Se iba por ahí con sus amigos, dejando en la inseguridad su familia.

Así pasamos los primeros años de nuestra infancia. Cada día la situación se agudizaba más pero, sin embargo, mi madre, con su enseñanza de valores éticos y morales, hacía que viéramos la vida desde otro ángulo.

En medio de nuestras pobreza un día enfermé. Tenía una fuerte infección, lo que provocaba en mi organismo altas temperaturas. Mi madre me llevó al doctor y este parecía que había ingerido alcohol y me aplicó una inyección en el muslo, al moverme él aplicó cerca de la columna y afectó mi pierna por el resto de mi vida. No lograba asentar el pie porque la pierna me dolía mucho, era un dolor intenso como en el mismo hueso. No estaba segura si la medicina estuviese vencida o la inyección en realidad fue mal aplicada. En cualquiera de los casos las consecuencias para mi vida futura resultaron catastróficas.

Quedé lisiada eternamente, mi pierna derecha no la pude asentar a partir de la fecha en que me aplicaron ese fluido en mi muslo. Mi vida cambió radicalmente. Los niños no me veían igual que a las otras niñas. Las chicas se burlaban de mi situación, me ponían malos apodos, hasta el extremo de aislarme, me sentía marginada por ellas, me discriminaban.

El peor momento era cuando iba al colegio, la profesora no le importaba la manera de cómo actuaban mis compañeros, y al igual que ellos me rechazaba. Fue tanto el mal trato de que fui víctima que decidí dejar la escuela y no regresar. Por esa razón no aprendí a leer.

Aprendí el oficio al lado de mi madre, cargaba los canastos de las verduras y me iba al mercado a vender con ella. Fue ahí que conocí al que fue mi primer marido. Con él engendré 3 hijos y luego me separé de él porque me golpeaba, me agredía, se emborrachaba y me insultaba, aprovechándose de mis limitantes.

El día que mi madre se casó la segunda vez y se fue con su marido a Rivas, yo decidí que ese era el momento idóneo para fugarme de aquel calvario en el que vivía. Me llevé a mis tres hijos y seguí a mi madre.

Continué a su lado vendiendo verduras, manteniendo así a mis niños. Conocí entonces a mi segundo marido, con el que tuve dos hijos más. Me llené de hijos porque para esa época me daba miedo planificar con inyecciones o pastillas. Mi marido, como a muchos otros de pueblo, no le agrada hacer el amor con condón, ni yo le exigía, prefería tener otro hijo a que me abandonase con mas carga de la que tenía antes.

Este hombre, al contrario del anterior, me trataba con mucho respeto, nunca me levantó la voz, menos la mano. Me sentía feliz compartiendo mi vida a su lado.

Fue un día que, al llegar del trabajo, encontré la sorpresa que se había ido de casa, me comentaron los vecinos que andaba en amoríos con una joven del barrio. Sufrí mucho por lo que me había hecho. Me planteé en la vida un solo propósito: vivir por mis hijos, no habría hombre alguno que llenase mi cabeza de ideas absurdas, para luego burlarse y hacerme daño. Así no sufriría.

Escuché por la radio que en Rivas habían abierto una Zona Franca y que necesitaban personal, operarias para trabajar en máquinas de coser. Después de pensarlo por un buen tiempo tomé la decisión de ir a probar mi suerte. El día que me presenté me hicieron pruebas para ver si podía hacer algunas cosas con las máquinas, luego me llevaron junto a otros compañeros a recorrer las instalaciones de la empresa, que es muy grande. Habían muchas personas trabajando sentadas, la mayoría cada uno en su lugar, muy ordenados, trabajando en diferentes colores de tela. Todo se veía muy lindo. Luego me hicieron firmar un papel, a lo que expliqué que no podía escribir. Me dijo la joven de Recursos Humanos, que me hizo la entrevista, la fecha en que debía llegar. Me correspondía al siguiente turno. Ahí todos trabajan organizados: unos van cuatro días seguidos, otros los cuatro días siguientes.

Yo estaba feliz porque el siguiente turno yo iniciaría en mi nuevo trabajo, ya los problemas económicos que tenía iban a ser menos.

El día que debía entrar llegó, y me fui feliz, llena de esperanzas.

Me ordenaron una operación que según ellos era fácil, tomando en cuenta mis capacidades. *Bind Fly*: consiste en realizar la parte delantera de un bóxer, en realidad no resulta difícil, o ya me he acostumbrado a trabajar en la misma. Mis jefes dicen que si una realiza bien el procedimiento, el resto vendrá por añadidura. Abastezco a tres colegas que hacen aproximadamente 90 docenas cada uno al día.

Entre todas las compañeras que trabajan esa operación, he sido distinguida como la que mejor realiza el método, lo que me llena de regocijo y satisfacción, pese a que soy la única que posee esa discapacidad, soy la que mejor asimila el método de operación.

Estoy segura que seguiré luchando día tras día para alcanzar metas que me hagan sentir lo útil que soy en esta sociedad y mostrarle así al mundo cuanto soy capaz de ofrecerle.

Rosa Molina, Belén